

Nel lieve sovrapporsi di cielo e terra¹

Dónde habita el horizonte, hay una línea que escapa continuamente a quienes pretenden cazarla. Lo que no se puede definir, se hace metáfora: un lugar de ensueño. Para abarcar, o solamente representar, aquella superposición ficticia, es menester mantener una distancia. Recorremos este vacío, una separación hueca, con nuestras idas y venidas. En este trajín nos convertimos en paisaje ruinoso, en perenne transformación.

Es otra metáfora, otro sueño en ruinas. Y sin embargo, bien merece la pena aventurarse, aunque sea para naufragar en el intento; cualquier meta que esté al otro lado, una vez abandonada la certeza sosa de la orilla, compensa el esfuerzo. Un sendero transitado hecho de pintura, una ficción táctil que se nutre de tierra y de aire, aproxima lo que nunca se sobrepone aunque parece tocarse. La primera exposición individual en Piramidón de Marco Noris (Bergamo, Italia, 1971) nos guía hacia este lugar metafórico, indecible, situado entre las ruinas y el vacío.

Las obras recientes de Noris se nos presentan como fósiles que nos guían por un horizonte en ruina. Se trata de pieles amontonadas, estratos sucesivos y ambientes contiguos. De estas series se desprende una profunda quietud, en las ruinas se descubre una esperanza con la que ya ni siquiera creíamos poder soñar.

Las superficies reflectantes y bien acabadas del mundo contemporáneo aspiran a la máxima transparencia. La característica más preocupante de esta tan ensalzada transparencia (en la política, en lo social y también en el arte), es la ausencia de hueco y de ambigüedad. Afortunadamente, la pintura de Marco Noris atenta contra toda transparencia, articula una ambigüedad sin fin, es un fósil que oculta su origen. Esta exposición es una huida en el tiempo para que volvamos al presente con ganas de derribarlo. Porque todo es precario.

Para acotar la distancia entre la superficie y el hueso (cfr. la esencia de las cosas), Marco Noris propone en este proyecto una arqueología personal, un trabajo de revisión, proceso casi ecológico, que recupera lo precedente para someterlo a transformaciones continuas. Acumula, organiza, ata sus obras y las usa como material para otras propuestas. Lienzos, papeles y cartones soportan tierra y experiencia halladas por el camino; lo anterior se aprovecha para trazar mapas del futuro, como pieles que llevan impresos recuerdos imborrables de una meta inalcanzable. La de Noris es una arqueología personal que apela a un horizonte compartido.

El refugio al que cualquiera anhela durante su viaje, una vez alcanzado, se derrumba, cae en pedazos. Y vuelta a empezar, hacia otro horizonte (siempre el mismo, nunca igual). El musgo cubre la ruina y brota un nuevo paisaje.

¹ *En el leve solapar de cielo y tierra*

Se trata de una exposición de pintura que ha surgido cuando viajar estaba prohibido y el horizonte se podía contemplar desde un solo punto de vista, el de un estudio, un par de plantas más abajo de la actual exposición. Quizá por este motivo, las obras de Noris me provocan un sentimiento de amplitud, de contemplación prolongada; como si esta exposición fuera metáfora de una indecible esperanza de lo que podría ser y suceder si no rompemos, ciegamente, todos los puentes con el pasado. ¿Quizá dejar atrás lo normativo y salir hacia el mar abierto del cambio social? Una aventura que nunca será individual (lo personal es político).

Sus cartones, lienzos, papeles reclaman una distancia del trajín cotidiano. En estos tiempos sombríos, de acción ciega caiga quien caiga, su propuesta anhela detenernos para mirar un horizonte común. Si en la primera sala de la izquierda, lugar oscuro y casi tétrico, encontramos el *giaciglio* [yacija] del artista, fusión de arte y vida, precariedad y fuerza, al fondo de la sala principal, un cartón ondulado pintado con un azul claro lleno de luz, nos acompaña hacia un posible cambio, hacia algo mejor que una cura: una solución. ¿Es un nuevo horizonte la solución? En 1967, con un actitud militante y llena de esperanza, Germano Celant escribe, en sus apuntes para una guerrilla (el *arte povera*), unas frases que bien podrían servir de colofón a esta exposición: “un'imprevedibile coesistenza tra forza e precarietà esistenziale che sconcerta, pone in crisi ogni affermazione, per ricordarci che ogni 'cosa' è precaria, basta infrangere il punto di rottura ed essa salterà. Perché non proviamo col mondo?”².

El arte siempre debería ser arte adivinatorio, hablar del futuro. La metáfora ha sido exiliada del terreno del saber objetivo. La pintura no conduce a la univocidad objetiva. Aquí no hay conceptos sino evidencias de un trajín que aún no ha llegado a puerto. La pintura se hace eco de las sensaciones de una contemplación táctil. Tantas capas se apilan una sobre otra, hasta que la tierra toca finalmente el cielo.

Este proyecto plantea la imposibilidad de definir de manera objetiva el frágil e ilusorio acercamiento de la figuración con la abstracción, de lo que se toca con lo que se ve. Sus obras quedan en un horizonte que parece fundirse, levemente, casi sobreponerse. Pero este encuentro no se celebra. O quizá sí, se unirán cuando por fin logremos abandonar las dicotomías del pensamiento binario y opositivo.

Francesco Giaveri

² “Una imprevisible coexistencia entre fuerza y precariedad existencial que desconcierta y pone en crisis cualquier afirmación para recordarnos que todas las “cosas” son precarias: basta con ir más allá del punto de rotura y la cosa saltará. ¿Por qué no hacemos la prueba con el mundo?”, Germano Celant, “ARTE POVERA. APPUNTI, PER UNA GUERRIGLIA”, EN *FLASH ART*, No 5, ROMA, NOV.-DIC. 1967. Traducción de JOSÉ LUIS GIL ARISTU